

CAPÍTULO L

APOGEO, DECADENCIA Y CAÍDA DE BOLÍVAR

AÑOS 1824-1830

Consecuencias de Ayacucho. — Ocupación del Alto Perú. — La América del Sud emancipada. — Apogeo de Bolívar. — Síntomas de decadencia. — Carácter dual de la revolución sud-americana. — El delirio de Bolívar. — Sus tres primeros actos en el apogeo. — Prorrogação de la dictadura de Bolívar en el Perú. — Muerte de Monteagudo. — Plan de confederación. — Congreso de Panamá. — Creación de la república de Bolivia. — Planes aventureros de Bolívar. — Legación argentina cerca del Libertador. — La política argentina y la boliviana frente á frente. — Nueva hegemonía argentina. — Constitución de Bolívar para el Alto Perú. — Las presidencias vitalicias de Bolívar. — Plan de confederación de los Andes. — La monocracia. — Anarquía de Colombia. — Disolución de la confederación boliviana. — Política reaccionaria del Libertador. — Disolución de Colombia. — Caída y ostracismo de Bolívar.

La capitulación de Ayacucho puso término á la guerra de la independencia de la América del Sud. Todas las fuerzas realistas del Bajo Perú se sometieron á ella; con excepción del Callao, donde Rodil continuó tenazmente la resistencia con 2,200 hombres un año más; pero que se rindió al fin (1825). Las ciudades del Cuzco, Arequipa y Puno, abrieron sus puertas al vencedor, que atravesó el Desaguadero, y fué recibido en triunfo en la Paz, Oruro, Potosí y Chuquisaca. El ejército realista del Alto Perú se disolvió por una sublevación, muriendo en ella el general Francisco Antonio Olañeta. El

general Sucre ocupó militarmente el país, y convocó una asamblea que deliberase sobre su suerte política. La escuadra española se alejó por siempre de las costas del Perú, y se disolvió desastrosamente en el mar Pacífico. La isla de Chile, último punto donde las armas españolas harían su última resistencia, mandadas por Quintanilla, sería también rendida como el Callao. El poeta del siglo, transportado por la imaginación á la cumbre del Chimborazo, extendía la vista por los ámbitos del nuevo mundo, y no descubría un esclavo.

Bolívar había alcanzado el apogeo de la gloria humana. Era uno de los hombres más grandes que hubiese producido el nuevo mundo, después de su descubrimiento. Ambos mundos lo admiraban. La América del Sud lo aclamaba su libertador. Los exagerados honores oficiales que se le tributaron, eran nubes de incienso impuro que no alcanzaban á oscurecer las grandes líneas de su figura heroica, y que un leve soplo de buen sentido habría disipado. Representaba el término positivo en el binomio de los dos libertadores sud-americanos, elevado á la más alta potencia en el orden de la acción coeficiente como nuevo factor. Estaba en su mano resolver el problema político por el problema mismo, dando la más alta medida del gobierno con relación á su medio y al individuo, igualándose tal vez á Wáshington. No estaba empero en su naturaleza producir este resultado, que era la aspiración de la conciencia colectiva y que una ambición sana le habría sugerido. Le faltaba la fuerza moral para mantenerse con serenidad en las alturas, y ese resorte de la abnegación que hace la grandeza moral de los genios benéficos en la plenitud del poderío. Como sucedió al libertador del sud, el momento de su apogeo marcó el de la decadencia política y moral del libertador del norte; pero con caracteres de caducidad más pronunciados, indicantes de una inevitable catástrofe, por efecto de la ley de dinámica histórica que regula el movimiento apropiado á las necesidades generales.

Uno de los fenómenos más notables de la revolución sud-americana, que la historia señala con rasgos prominentes, es el desnivel de las inteligencias superiores y de los instintos comunes, y el desequilibrio entre la potencia gubernamental y las fuerzas populares. La emancipación, como hecho material, estaba en el orden natural de las cosas, pero lo que propiamente se llama revolución, es decir, el desarrollo del organismo elemental, brotó de la esencia de las cosas mismas, surgió de las almas como hecho armónico y se hizo conciencia ingénita; fué no sólo un instinto y una gravitación mecánica, sino también una pasión y una idea colectiva, que se convirtió en fuerza eficiente é imprimió su sello típico al resultado general. La organización y dirección de esta fuerza, fué la obra de los caudillos y los políticos, después que el hecho se produjo, espontáneamente favorecido por las circunstancias. Sólo en un punto coincidieron las impulsiones y las voluntades: — la independencia. En lo demás, la dirección y las fuerzas estuvieron casi siempre en desnivel y desequilibrio, y á veces en antagonismo. Los libertadores y los directores, están más arriba del nivel común en el orden de la acción, pero en los movimientos complicados en que intervienen las fuerzas ocultas de las conciencias colectivas, están más abajo de la razón pública, así en las altas como en las bajas estratas sociales. Representantes los caudillos de la fuerza organizada, y los políticos de la potencia gubernamental, removieron más hechos que ideas, y tuvieron más objetivos inmediatos que ideales. Hicieron funcionar los resortes mecánicos de la máquina militar y política, sin vivificar los órganos de la nueva sociabilidad embrionaria. No supieron manejar la masa viva, ni contar sus pulsaciones normales. De aquí ese desnivel alternativo y ese equilibrio casi constante, entre las fuerzas militares y las fuerzas populares; entre los planes artificiales de los directores y las tendencias espontáneas de la colectividad.

La revolución sud-americana entraña dos revoluciones: una interna y otra externa: una que obra contra el enemigo común, y otra que reacciona dentro de sus propios elementos orgánicos. La América del Sud era genialmente democrática, tenía que ser una república y no podía ser otra cosa. Era anárquica por su naturaleza, pero de su misma anarquía tenía que resurgir la nueva vida. Los primeros proyectos de monarquización con reyes extranjeros, que como remedio á esa anarquía se fraguaron en el Río de la Plata, repugnaban á los pueblos, y dieron por resultado la disgregación argentina. El plan de monarquizar al Perú, despojó á San Martín de su fuerza moral. El establecimiento del imperio mejicano con un soberano indígena, fué la contraprueba del error del primer plan. La dictadura prolongada de O'Higgins, después de asegurada la independencia de Chile, dió con su héroe en tierra. Las teorías del gobierno oligárquico de Bolívar con presidencias vitalicias y senadores hereditarios, que llevaban en germen la monocracia sud-americana, fueron rechazados por los congresos impregnados del espíritu republicano de la masa, y determinaron su caída, porque estaban en pugna con las necesidades de la época. Esto revela, que así como las fuerzas impulsivas de la revolución seguían una dirección constante en la línea de sus destinos, tenía también un alma una conciencia ingénita, que al determinar el afocamiento de las masas batalladoras del continente, debía determinar igualmente el de las voluntades al asumir su forma definitiva. Los libertadores con todo su poder y su gloria, no podían desviar el curso natural de la revolución fuera de su esfera determinada de acción, sin embargo de ser tan eficiente, que sin San Martín en el sud y sin Bolívar en el norte, ni se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación continental de los ejércitos, que dió el triunfo final. El día que dejaron de acompañar el movimiento general, quedaron rezagados. Por esto se suprimió á sí mismo San Martín en la mitad de su carrera,

cayó O'Higgins, fué fusilado Itúrbide y Bolívar fué suprimido. Eran obstáculos á la marcha expansiva de la revolución, que la necesidad del desarrollo y el instinto de la conservación aconsejaba ú obligaba á remover. Por esto, el apogeo de Bolívar, marca no sólo su decadencia, sino también el divorcio entre la dictadura estacionaria ó reaccionaria y la democracia progresiva, y determina fatalmente una trágica caída.

II

Tres actos iniciales y característicos, señalaron el apogeo y la decadencia de Bolívar: la prosecución de un sueño tras un fantasma con apariencias de realidad; la repetición de una renuncia sin seriedad, indigna de su gran espectacularidad; la transformación del libertador, convertido en conquistador y conspirador reaccionario contra la independencia de las naciones por él redimidas.

Después de Ayacucho, asegurada la independencia sudamericana, su misión de libertador había terminado, y su deber, su honor y hasta su interés bien entendido, le aconsejaban retirarse del Perú, dejando á los pueblos redimidos dueños de sus destinos. Monteagudo fué el único que le aconsejó bien en este sentido. Pocos días después, Monteagudo era asesinado una noche en una calle solitaria de Lima (28 de enero de 1825). Su muerte es un misterio, que unos han atribuído á venganza política y otros á venganza particular. Bolívar, que se avocó el papel de juez inquisitorial de instrucción, ha guardado el secreto.

Entre los papeles de Monteagudo se encontró un ensayo sobre la necesidad de una federación general de los Estados hispano-americanos, calcado sobre el plan del congreso de

Panamá. El antiguo demagogo, sostenedor más tarde de la idea monárquica con San Martín, se había convertido á los principios republicanos bajo los auspicios dictatoriales de Bolívar. « Este proyecto, decía, no puede ejecutarse por la voluntad presunta y simultánea de los que deben tomar parte » en él. Es preciso que el impulso salga de una sola mano ». Este escrito póstumo, que acusa decadencia en la forma y en el fondo, reducido á reminiscencias diplomáticas y vagos perfiles de política internacional, se concretaba en una sola conclusión: « Un congreso, que sea el depositario de toda la » fuerza y voluntad de los confederados, y que pueda emplear » ambas sin demora, donde quiera que la independencia esté » amenazada ». Para justificar este nuevo poder, se evocaba el fantasma de la Santa Alianza de los reyes, á que se oponía la alianza de las repúblicas del nuevo mundo. Á la vez que se apuntaban sospechas sobre las miras del nuevo imperio brasilero y sobre la mala voluntad de Chile y la República Argentina, se propiciaba el concurso de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, que por otra parte alejaba por el carácter de liga guerrera contra la España y contra los reyes que daba á la confederación, con un « contingente de tropas y un subsidio que debían prestar los confederados » (1).

Sobre esta base aérea insistió Bolívar en su antiguo plan ó sueño, y convocó el congreso americano de Panamá, en la esperanza de ser su regulador supremo. Los Estados Unidos lo aceptaron con la condición de observar la neutralidad; la Inglaterra, como testigo; el Brasil por mera forma, y la República Argentina y Chile con reservas fundamentales. Sólo concurrieron los diputados del Perú, Méjico, Colombia y Gua-

(1) « Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los Estados hispano-americanos y plan de su organización. Obra póstuma del coronel D. Bernardo Monteagudo ». Imp. en Lima en 1825 y reimpresso en Santiago de Chile en el mismo año.

temala. Cuando esta sombra de congreso escapó á su influencia, el mismo Bolívar lo comparaba « al loco griego que pretendía desde una roca dirigir los buques que navegaban alrededor » (2).

Su segundo acto fué la cuarta renuncia de la presidencia de la república, fundada en que « su permanencia en Colombia no era ya necesaria, por haber él llegado al colmo de la gloria »; y protestaba de « su horror al mando supremo » bajo cualquier aspecto ó nombre que se le diese » (3). El congreso colombiano se limitó á no aceptarla por unanimidad, pero guardando un digno silencio (4). Tan lejos estaba de su mente la idea de desprenderse del mando en su patria, que casi al mismo tiempo de formular su renuncia enviaba dos comisionados cerca del vice-presidente Santander con una comunicación, en que le manifestaba su propósito de « pasar al territorio argentino con el objeto de afianzar la independencia en Sud-América, auxiliando á los patriotas ». Santander combatió este descabellado propósito, que á nada respondía, recordándole, que el permiso acordado por el congreso para dirigir la guerra fuera del territorio del Colombia, tenía por « condición, únicamente la seguridad de la república peruana » (5).

Su tercer acto de solemnidad teatral, fué la abdicación aparente de la dictadura del Perú y su aceptación inmediata por las razones contrarias en que fundaba su renuncia. Reunido el congreso constituyente peruano, declaró Bolívar por escrito, que le restituía el « terrible poder depositado en sus

(2) Carta de Bolívar á Páez, de 8 de agosto de 1826, en Lima.

(3) Véase el documento en « Memorias » de O'Leary, t. II, pág. 325.

(4) Acta del congreso colombiano de 8 de febrero de 1825 (« Docs. para la Hist. del Libertador », núm. 2496).

(5) Ofi. del vice-presidente Santander á Bolívar, de 6 de mayo de 1825, contestando el del segundo de 18 de febrero del mismo año (Docs. para la Hist. del Libertador », núm. 2573).

manos, poniendo fin al despotismo con su resignación ». De viva voz dijo: « Hoy es el día del Perú, porque hoy no tiene un dictador. Nada me queda que hacer en esta república. Mi permanencia en ella es un absurdo: es el oprobio del Perú. Yo soy un extranjero; he venido á auxiliar como guerrero y no á mandar como político. Si aceptase el mando del Perú, vendría á ser una nación parásita ligada hacia Colombia. Yo no puedo admitir un poder que repugna mi conciencia. Tampoco los legisladores pueden conceder una autoridad que el pueblo les ha concedido para representar su soberanía. Las generaciones futuras del Perú os cargarían de execración. Vosotros no tenéis facultad para librar un derecho de que no estáis investidos. Un forastero, es un intruso en esta naciente república » (6). Una hora después, el congreso, haciendo caso omiso de las vanas protestas del Libertador, renovaba los poderes dictatoriales con mayor amplitud de facultades discrecionales, y decretaba su próxima disolución como incompatible con su autoridad absoluta; lo autorizaba á suspender los artículos de la constitución que se opusiesen á su omnímoto ejercicio, y lo constituía en árbitro de la oportunidad de la convocatoria del congreso ordinario (7). En seguida le votaba un millón de pesos en premio de sus servicios, que él rehusaba con desinterés; pero que aceptó al fin para obras de beneficencia, que nunca se realizaron (8). Aceptó, empero, lisa y llanamente la dictadura que le entregaba el manejo discrecional de todos

(6) Sesión del congreso constituyente del Perú, de 10 de febrero de 1825. (« Docs. para la Hist. del Libertador », núm. 2498.)

(7) Decreto del congreso constituyente del Perú de 10 de febrero de 1825, en « Col. de leyes y decretos », cit., t. II, pág. 195.

(8) El millón de pesos, aceptado condicionalmente por Bolívar, y no aplicado á los objetos á que él lo destinó, fué cobrado más tarde por sus herederos, y pagado por el Perú (Véase Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. » (2.º período).

sus tesoros. Puso tan sólo una condición á la aceptación del mando absoluto, que parecería una burla, y fué que no se pronunciase la « odiosa palabra dictadura » (9). Escrúpulo de orejas! El servilismo del congreso peruano llegó al grado de repugnar al mismo Bolívar (10). Los historiadores colombianos más adictos al Libertador, al explicar esta abyección por la gratitud, insinúan, que « sólo el senado de Tiberio se mostró jamás tan degenerado » (11); y los historiadores peruanos « quisieran poder borrar esta página vergonzosa de sus anales » (12). Sería de desear que se borrara también de la vida política del libertador sud-americano.

Después de estas renunciaciones de aparato, de estas contradicciones entre las palabras solemnes y los actos por él mismo condenados y ensalzados, y de estas trivialidades, hay que reconocer, que el delirio de las grandezas, síntoma de la demencia del poder absoluto ó de la depresión moral, estaba cercano. Por el momento se limitaba á aceptar contra su conciencia, según decía, lo que el congreso le daba sin derecho. No tardaría en imponer á ese mismo congreso, con las bayonetas colombianas al pecho, su poder á perpetuidad, que declaraba absurdo y criminal, y merecedor de la execración de las generaciones venideras, haciendo del Perú un parásito de Colombia! El poder, y el poder personal sin control durante la vida, era como la túnica de la fábula adherida á su ser, y de que sólo se desprendería con los últimos pedazos de su carne.

(9) Aceptación de la dictadura del Perú por Bolívar, de 12 de febrero de 1825, en « Col. de leyes y decretos del Perú », cit., t. II, pág. 252.

(10) Carta de Bolívar á Santander de 18 de febrero de 1825, en que le dice: « Yo quise herir el orgullo nacional, para que mi voz fuese oída, » y el Perú no fuese mandado por un colombiano; pero todo ha sido » en vano » (Cartas del Libertador en « Memorias » de O'Leary, t. XXX, pág. 39).

(11) O'Leary: « Memorias », t. II, pág. 333.

(12) Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. » (2.º período), pág. 304.

III

La asamblea general de las provincias del Alto Perú convocada por Sucre, fué más allá que el congreso peruano. Lo declaró « hijo primogénito del Nuevo Mundo; el Salvador de los Pueblos »; se puso bajo la protección de su espada y de los auspicios de su sabiduría (19 de julio de 1825). Declarada su independencia con el consentimiento del Bajo Perú y sin oposición de las Provincias del Río de la Plata á que había pertenecido en la época colonial, dió á la nueva nación el nombre de « República de Bolívar » bajo la forma representativa, y decretó, que el Libertador tendría el supremo poder ejecutivo de ella en todo tiempo, por todo el tiempo que residiese en su territorio (11 y 31 de agosto). En su ausencia, el mando de hecho recaía en Sucre (3 de octubre). En seguida, disolvióse, y convocó una asamblea constituyente, pidiendo á Bolívar le diese un proyecto de constitución (6 de octubre) y una guarnición de 2,000 colombianos para su custodia (4 de octubre). ; Para exceder al senado de Tiberio, sólo le faltó nombrar segundo libertador á su caballo!

Sus atracciones lo llamaban hacia el sud. Ya se ha visto, que al mismo tiempo que aparentaba renunciar la presidencia de Colombia, meditaba trasladarse á territorio argentino, con el objeto, según decía, de consolidar la independencia de la América, teniendo en vista la guerra entre las Provincias Unidas y el imperio del Brasil. Poco después (julio de 1825), ofrecía á Chile sus auxilios para expulsar á los españoles de la isla de Chiloe. Aceptado el ofrecimiento sólo en cuanto á subsidios, contestó evasivamente, pues lo que él quería era poner el pie en aquel territorio á la cabeza de sus soldados para dominarlo. Á la vez que con las tropas de Colombia sujetaba á los pueblos que estaban bajo su dictadura y hacía presión sobre

los que estaban sustraídos á su influencia militar y política, se había hecho autorizar por el congreso para trasladar el ejército peruano de mar y tierra á Colombia, con el pretexto de una invasión francesa, lo que le hizo atribuir por sus mismos compatriotas el designio de oprimir á su patria con soldados extranjeros, como lo hacía en el Perú y Bolivia (13). En vez de propender á fundar gobiernos regulares sobre la base de la independencia de los pueblos y la verdad de las instituciones republicanas, para promover su prosperidad interna, todo su plan político iba reduciéndose á un imperio pretoriano y un presidente vitalicio ó sea un monarca ocioso sin corona, con ejércitos permanentes por todo sostén. La concepción no podía ser más grosera, y estaba no sólo más abajo de la razón pública, sino también de su propio nivel moral. Era un doble oprobio, para los pueblos y para él, que los dos expiarían.

Deseoso de recorrer toda la extensión del territorio liberado por sus armas y tocar las soñadas fronteras argentinas, á la vez que ansioso de vanagloria, se trasladó al Alto Perú. Delegó el mando del Perú en un consejo de gobierno, con sus facultades dictatoriales sujetas á su beneplácito. Su viaje desde Lima hasta Potosí, fué un paseo triunfal. Las ciudades salían á su encuentro para ofrecerle sus llaves forjadas en oro, y presentarle cada una de ellas caballos de batalla enjaezados con estribos, bocados y guarniciones de oro puro. Al pasar por Arequipa, se encontró allí con el general Alvarado, quien le ofreció un banquete rústico de una ternera asada con cuero á estilo de las pampas argentinas y de los llanos de Colombia, invitación que aceptó, con la condición de que el asado fuera sin sal, pues así se usaba en su país. En la mesa, al advertir que los vinos eran de Burdeos, pre-

(13) Ley del congreso constituyente del Perú, de 10 de marzo de 1825.

guntó si no había *Champaña*. El general Alvarado le mostró una fila de botellas con el letrero embriagador formadas á su espalda. — « De ese quiero, repuso, porque este día es muy placentero para mí ». — Y se lanzó á brindar, repitiendo sus libaciones contra su habitual sobriedad. — La escena de los banquetes de Quito y Guayaquil se repitió, pero con caracteres más tempestuosos. — En uno de los brindis, al hacer alusión á la unificación de Sud-América, dijo que « en breve pisaría el territorio argentino ». El coronel Dehesa que se hallaba presente, y estaba también acalorado por el vino, le dijo que « sus compatriotas no aceptaban dictadores » en su territorio ». Bolívar de un salto, trepó delirante á la mesa del banquete, y rompiendo con furia vasos y platos bajo el taco de su bota, prorrumpió paseándose por ella : « ¡ Así » pisotearé la República Argentina! » (14). Este estallido de iras concentradas, se explica por la tenaz oposición que hacía por entonces la prensa de Buenos Aires á sus planes absorbentes y anti-democráticos (15).

(14) Biografía del general « Rudecindo Alvarado » en « Galería biográfica argentina », por A. J. C. (Carranza) y M. A. P. — Este episodio es relatado con presencia de unos recuerdos del mismo general Alvarado, escritos poco antes de su muerte, que tienen la solemnidad del testamento de un hombre honesto y verídico. Al confiarlos á su compañero de armas el general Espejo, le decía : « Estos recuerdos son para » usted solamente, y le suplico no les dé publicidad sino cuando la tierra me cubra... Espero que mis sufrimientos no se prolongarán mucho ».

(15) En la conferencia diplomática con carácter confidencial que tuvo pocos días después en Potosí con los enviados argentinos, se quejó amargamente de los ataques de la prensa de Buenos Aires, especialmente de « El Argos », que calificó de periódico oficial y subvencionado por el gobierno argentino, según se verá más adelante. M. S. (Docs. M. S. S. de Arch. de Rel. Ext. de la República Argentina.)